



Una educación anárquica desde América Latina

Silvio Gallo
gallo@unicamp.br

 <https://orcid.org/0000-0003-2221-5160>

Professor Titular da Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP) e pesquisador bolsista 1A do Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq)..

Resumen - Resumo - Abstract

En este texto, que ha sido originalmente preparado para una conferencia en el VI Congreso de ALFE, se problematiza la educación contemporánea desde el territorio latinoamericano. Elige el fundamentalismo como problema central de nuestro tiempo e intenta aclarar sus bases sociales y políticas, para pensar sus reflejos e interferencias en la Filosofía y en la Educación. Defiende la tesis de que hay un fundamentalismo filosófico en la tradición del pensamiento occidental, que tiene por centro la noción de arkhé (principio, origen, fundamento), que origina una filosofía áρχica. La educación occidental, bajo la influencia del pensamiento filosófico, se inscribe también en una perspectiva áρχica, por eso fundamentalista. Para hacer frente al fundamentalismo social y político, hay que enfrentar el

Este texto, originariamente preparado para una conferencia no VI Congresso da ALFE, problematiza a educação contemporânea desde o território latino-americano. Elege o fundamentalismo como problema central de nosso tempo e procura esclarecer suas bases sociais e políticas, para pensar seus reflexos e interferências na Filosofia e na Educação. Defende-se que há um fundamentalismo filosófico que marca a tradição do pensamento ocidental, centrado na noção grega de arkhé (principio, origem, fundamento), dando origem a uma filosofia áρχica. A educação ocidental, influenciada pelo pensamento filosófico, inscreve-se também em uma perspectiva áρχica, isto é, fundamentalista. É necessário, pois, enfrentar o fundamentalismo na Filosofia e na Educação, para

This paper was written for a conference in the VI ALFE Congress and problematizes contemporary education from the Latin-American territory. It takes fundamentalism as the nowadays central problem and tries to understand its social and political background, in order to think how it interferes with Philosophy and Education. It sustains that there is a philosophical fundamentalism in the traditional thinking, centered in the Greek notion arkhé (principle, origin, fundamental), creating an archic philosophy. Occidental Education, under influence of philosophical thinking is also in an archic perspective, in other words, fundamentalistic. Is necessary to face fundamentalism on Philosophy and on Education, to make possible the social and political struggle against fundamentalism. The proposal de-

fundamentalismo en la Filosofía y en la Educación. La propuesta que se presenta es de una filosofía y una educación anárquicas, que deniegan el fundamento, para establecer un pensamiento y una práctica pedagógica producidos alrededor del acto creativo.

que a luta social e política seja possível. A proposta que aqui se apresenta é de uma filosofia e uma educação anárquicas, que negam o fundamento, para estabelecer um pensamento e uma prática pedagógica que girem em torno do criativo

veloped is an anarchic philosophy and an anarchic education, to establish a philosophical thinking and a pedagogical practice centered into the creative act

Palavras-chave: fundamentalismo; filosofia; educação; anarquismo; educação anárquica

Palabras clave: fundamentalismo; filosofía; educación; anarquismo; educación anárquica

Keywords: fundamentalism; education; philosophy; anarchism; anarchic education

Este texto foi preparado como base para a conferência de encerramento do VI Congresso da Associação Latino-americana de Filosofia da Educação (ALFE), julho de 2023, em Bogotá (Universidad de Los Andes e Universidad La Salle). Agradeço à comissão organizadora o convite que fez com que o texto fosse escrito.

La presente traducción al castellano ha sido realizada por Natalia Sánchez Corrales.

Para citar este artículo:

Gallo, S. (2023). Una educación anárquica desde América Latina. *Ixtli. Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*. 10(20). 147-161.



Una educación anárquica desde América Latina

El modo en que pienso y practico la Filosofía de la Educación se sustenta en la perspectiva de la Filosofía propuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari: una actividad de producción de conceptos. Esto implica, a mi modo de ver, que la Filosofía de la Educación es también y necesariamente una empresa de producción conceptual. Según los filósofos franceses, para la creación del concepto es necesario un plano de inmanencia prefilosófico, sobre el cual se crean los conceptos. Es una perspectiva materialista e inmanentista del concepto, que siempre responde a un problema o conjunto de problemas que el filósofo encuentra en el plano de la inmanencia. De modo que sin plan no hay problema y sin problema, no hay concepto.

La Filosofía de la Educación es, ante todo, Filosofía. Desde mi punto de vista, el campo educativo es el plano de inmanencia en el que vive el filósofo de la educación; asumir este campo como un plano de inmanencia nos da la materialidad necesaria para la práctica filosófica. En materia de educación, sin duda, nos enfrentamos a problemas -que no son pocos- que nos obligan a pensar. Al pensar tales problemas, producimos una actividad filosófica (por lo tanto conceptual), que emana del campo educativo y produce conceptos para enfrentar los problemas que allí se encuentran. En este registro, la Educación es la fuerza, el conjunto de fuerzas materializadas en un plano, que hace posible la práctica filosófica.

Es evidente que hay problemas educativos que encontramos en cualquier parte del mundo; pero también es cierto que las realidades locales imponen problemas locales; conceptos producidos a partir de problemas locales pueden ser herramientas para enfrentar problemas vividos en otros tiempos y espacios, pero tomarán la singularidad -el acento- de esta localidad que los hizo posibles. Digo esto para afirmar que lo que practicamos como Filosofía de la Educación en América Latina no tiene por qué restringirse a nuestro territorio, sino que siempre llevará nuestro(s) acento(s). Y, como latinoamericano, un pensamiento filosófico -en el campo de la Educación o en cualquier otro- se producirá también, y sobre todo, con las múltiples sonoridades del portugués, del español y de las innumerables lenguas de los pueblos originarios de estas

tierras. y de los pueblos traídos aquí. Por tanto, una polifonía, una miríada de acentos, moldeando estilos de pensamiento que son, necesariamente, múltiples y transversales. Si las voces tienen sus acentos, resultado de las mezclas de las que resultan, los pensamientos también tienen acentos, que los hacen únicos y singulares.

Así, es desde mi lugar – mi territorio – y con los acentos de mi portugués brasileño del sureste del país, atravesado por voces originarias y africanas, que les ofrezco este pensamiento singular, que desea invitarles a que pensemos juntos.

Un problema contemporáneo: el fundamentalismo

Partamos del campo problemático. Como afirmé antes, el campo educativo está lleno de problemas; por eso es terreno fértil para la práctica creadora de la Filosofía, ya que nos obliga a pensar de muchas y muy diversas maneras. En esta ocasión me detendré sólo en uno de los problemas centrales, el que considero el gran problema de nuestro tiempo, que pone a la educación en una encrucijada, como aquella en la que Edipo se enfrentó a la Esfinge. Un problema que nos puede tragar si no somos capaces de afrontarlo, produciendo conceptos que nos permitan superarlo. Pero esta encrucijada es también el lugar donde las religiones de origen africano depositan sus ebós (ofrendas) para que las fuerzas de la naturaleza traigan protección y materialicen las posibilidades. La encrucijada es, por tanto, un lugar de parada, de suspensión, de interrogación, pero también un lugar para experimentar las múltiples posibilidades. Un lugar de peligro y posibilidades. A mi modo de ver, este problema que hoy nos sitúa en la encrucijada del pensamiento y la acción educativa es el fundamentalismo.

¿Cómo entender este fenómeno? El tema del fundamentalismo comenzó a ganar protagonismo con la revolución islámica en Irán en 1979, siendo la palabra utilizada para “irritar” el lenguaje político, según Helmut Dubiel (en DE BONI, 1995, p. 10). Si bien Foucault (2004) saludó este movimiento social y político, que mostró la fuerza de la población iraní, sublevada contra el poder establecido, sabemos el rumbo que tomaría la sociedad con el nuevo gobierno. En el texto para *Le Monde* que fue escrito bajo el impacto de los acontecimientos en ese país, Foucault (2004, p. 80) afirmó que “el poder que un hombre ejerce sobre otro es siempre peligroso”. El filósofo se dio cuenta, en el momento mismo de la insurrección, de que el poder puede actuar



como catalizador de prácticas de libertad, pero también como instrumento de totalitarismos.

Lo que llamó la atención del acontecimiento iraní fue la construcción de una “nueva alianza” entre Estado e Iglesia, a contramano de la práctica política occidental moderna. La adopción de la religión islámica como fundamento de la acción estatal iraní allanó el camino para toda una nueva serie de conquistas gubernamentales por parte de los líderes religiosos islámicos. Para lo que aquí nos interesa, fue un acontecimiento emblemático, pues puso en la agenda, al mismo tiempo, un fundamentalismo religioso y un fundamentalismo político, ambos indeleblemente fusionados.

Aunque hoy en día es común atribuir el fundamentalismo religioso a una característica de los grupos islámicos, dispuestos a matar y morir para afirmar su fe, Dreher (2002) muestra que el fenómeno proviene de los grupos cristianos. El autor afirma que hoy en día es común que el concepto se utilice en relación con el otro; los fundamentalistas somos otros, no nosotros mismos. Sin embargo, al comienzo del uso del concepto, la situación era completamente diferente: eran grupos cristianos protestantes los que reclamaban el título de fundamentalistas en las primeras décadas del siglo XX en los Estados Unidos. Si hoy el “Occidente cristiano” acusa al “Oriente islámico” de fundamentalismo, es él mismo el origen de esta forma de ver la doctrina religiosa. Por otra parte, si el protestantismo se instauró como una revuelta contra una iglesia católica que se negaba a transformarse, al cabo de unos siglos fue este mismo movimiento el que intentó hacer frente a los cambios.

Los fundamentalistas se vieron a sí mismos como una contraofensiva a un modernismo que, según decían, se había apoderado del mundo protestante. En particular, este fundamentalismo se entendió primero como una contraofensiva a una Teología como método que interpretaba los contenidos de la fe, especialmente los textos bíblicos, desde una perspectiva histórico-crítica. El protestantismo, y ese fue su pecado, se estaba aliando con la ciencia moderna. Frente a este modernismo, los fundamentalistas opusieron sus fundamentals (fundamentos). (Dreher, 2002, pág. 80)

Vemos, entonces, que la postura fundamentalista de nuestro tiempo está anclada en una perspectiva religiosa: contra los vientos de cambio, sean los que sean, aferrarse a sus fundamentos, sean los que sean, para evitar transformaciones. O incluso para frenar las transformaciones en curso y, en el

límite, forzar un paso atrás, un retorno a una condición preexistente. Para las religiones monoteístas basadas en un libro sagrado, es esta palabra escrita, tomada como la palabra del profeta o de dios mismo, la que proporciona el fundamento. Sin embargo, quizás sea necesario reconocer que el fundamentalismo es la base de la propia postura religiosa que se establece como comunidad, reunida en torno a ciertos principios que son los fundamentos de esa comunidad. La base del fundamentalismo es religiosa porque él mismo está atravesado por la fe, por la creencia y la confianza en determinadas verdades tomadas como incontestables .

Sin embargo, el fundamentalismo es también un síntoma: es una reacción a la disolución de ciertos principios, una reafirmación de la fe en esos mismos principios. Christoph Türcke destaca este aspecto:

Surge entonces el fundamentalismo, el intento de volver a dar apoyo psíquico a los individuos desarraigados e inseguros, remendando con masilla precisamente esos fundamentos, que se están desmoronando. El fundamentalismo evoca lo ya sacudido. Precisamente por eso insiste con tanta virulencia en ello. No quiere saber nada de las objeciones a sus convicciones, porque él mismo las percibe de manera excesivamente dolorosa. El fundamentalismo es la negación esforzada de su propia duda, una fe impregnada de incredulidad y, por tanto, no sólo una huida de la modernidad, sino uno de sus rostros más característicos. (Türcke en De Boni 1995, p. 51-52)

Como el fundamentalismo es una reacción a la modernidad, constituyendo así una de sus caras, es también lo contrario del fenómeno típico de la modernidad, la utopía. Türcke afirma que “él es la utopía puesta al revés, la utopía perversa” (idem, p. 63).

Otro tema importante a entender es la relación intrínseca entre fundamentalismo y fascismo. Cuando nació como movimiento político en Italia, el fascismo no ocultó sus intenciones fundamentalistas. Se trata de fundar la acción política en principios y valores que no se pueden transigir. Se trata de preservar, de prevenir la aparición de nuevos valores. Se trata de retroceder en los avances que eventualmente se hayan construido en el tejido social. Se trata de usar la fuerza y la violencia contra quienes no profesan las mismas verdades. Los estudios sobre el fascismo como fenómeno histórico y contemporáneo así lo demuestran:



Aquí es donde entra el pasado mítico. Esta nueva ideología predica que no es necesario empezar algo nuevo, sino volver a lo tradicional, a los buenos viejos tiempos, donde todo era constante, seguro y predecible (como el regazo del líder/padre). Todo lo anterior era mejor, más puro, más comprensible, antes de que la degeneración ilustrada corroyera los ideales nobles, guerreros y heroicos [...] Esta nueva ideología debía ser una, unívoca, cohesionada, maciza y masiva y no admitiría no sólo ideologías rivales: no se toleraría ninguna disidencia. Surge el fascismo. (Gossn, 2020, págs. 24-25)

En resumen: el fundamentalismo es otro nombre para el fascismo, y viceversa.

Todos somos conscientes de los efectos que produce el fundamentalismo/fascismo en el campo educativo. En algunos lugares este fundamentalismo es islámico; Entre nosotros, en Brasil y América Latina, predomina un fundamentalismo cristiano neopentecostal, que no se contenta con profesar su fe y sus valores: utiliza todas sus fuerzas para universalizarse, convirtiendo a todos, imponiendo esta fe y estos valores como absolutos. Tal es el riesgo que corremos hoy y que debemos afrontar.

Así, el fundamentalismo se presenta como el problema de nuestro tiempo, que debe ser enfrentado por la educación. Un fenómeno multifacético, con aspectos religiosos, políticos, sociales, morales, que necesita ser entendido en esta multiplicidad. Pero, no podemos dejar de mencionar, existe también un fundamentalismo en Filosofía, así como un fundamentalismo en Educación. Para enfrentar el problema en sus múltiples expresiones, debemos partir de los propios campos que habitamos.

Filosofía y fundamentalismo

En un curso de 1955, Gilles Deleuze se centró en lo que significa “fundar” en Filosofía, desarrollando un análisis de cinco puntos, que retomo aquí de forma muy resumida. Primero, hay un aspecto mítico en cada acto fundacional; se afirma un “origen”, que es más profundo que un mero comienzo. Lo que está en el origen se repite sucesivamente hasta establecerse, de manera que la “cosa” adquiere un valor de “mundo”. El ejemplo que da el filósofo es preciso: cuando se funda una ciudad, se establece a imagen del mundo. En segundo lugar, este “origen” también adquiere un significado filosófico. El fundamento no es un simple comienzo, sino el establecimiento de una relación entre el

objeto y lo que no es, de manera esencial. El ejemplo que se da aquí es el de las matemáticas: hubo un “comienzo” de las matemáticas en una cultura que aún no se apoyaba el pensamiento matemático. Entonces, para que las matemáticas sean, deben estar relacionadas con lo que no son. Lo contrario del acto filosófico de fundación es cuando el objeto es pensado sólo por sí mismo, es decir, la filosofía implica una relación necesaria con su exterior. El tercer aspecto es la afirmación de una “repetición psíquica”, una repetición originaria. Cuarto aspecto: esta repetición implica que se crea algo nuevo. El “desvelamiento del espíritu”, que se hace a través de la repetición, implica en la imaginación, la posibilidad de lo nuevo. El quinto aspecto abordado por el filósofo indica que es el acto de fundar lo que permite distinguir los verdaderos problemas de los falsos .

El problema siguió intrigando al filósofo, y regresa, transformado, más de una década después, en *Diferencia y Repetición*. Aquí “fundar es siempre fundar la representación” (Deleuze, 2006, p. 379), pues el acto de fundar es pensado como una determinación. El fundamento es lo Mismo, lo Idéntico, nunca aquello que difiere; actúa en el seno de la representación, de tal modo que la hace infinita. Pero cuando pensamos lo Idéntico, lo Mismo, en realidad no pensamos, sólo repetimos lo ya pensado. En el pensamiento representacional, que constituye la línea de desarrollo de la Filosofía en Occidente, desde la antigüedad hasta nuestros días, asistimos a una repetición que tiende al infinito, en la que crear se torna imposible. El pensamiento es la repetición de lo que ya se ha pensado, no la creación de un nuevo pensamiento. Pero, al proponer una filosofía de la diferencia, la repetición será también la posibilidad de crear lo nuevo, de pensar lo impensado, lo aún no pensado. Como en los versos del poeta brasileño Manoel de Barros: “repetir, repetir – hasta quedar diferente. La repetición es un don del estilo” .

Dejemos a Deleuze un poco de lado, para detenernos en una noción filosófica central. La filosofía más antigua entre los griegos, tratando de romper con un pensamiento marcado por la narración mítica, se constituyó como una búsqueda del arkhé, entendida como el elemento natural procedente de la naturaleza misma. La palabra griega suele traducirse como “principio”, tanto en el sentido de origen como de comienzo, pero también podemos traducirla como “fundamento”, ya que lo que origina, lo que comienza, es también lo que funda, lo que constituye la base sobre la cual todo está construido. El concepto, sin embargo, no se restringió al ámbito del estudio de la naturaleza y su principio, sino que se extendió a toda la búsqueda filosófica. Malabou (2022) hace un interesante análisis del arkhé de la política en el pensamiento



de Aristóteles, mostrando que “el arkhé politikè se organiza como un principio lógico y ontológico que ordena la disposición de todas las cosas” (p. 56). Por ello, encontramos un fuerte rechazo a la “anarquía” en el pensamiento griego, ya que la ausencia de un principio fundante significaría desorden del pensamiento y del mundo.

Puede decirse que toda la tradición filosófica europea estuvo marcada por esta filosofía del arkhé, entendida de diferentes maneras; en Platón, es la Idea la que funda el mundo material. No voy a extender este análisis, solo quiero llamar la atención sobre el hecho de que se trata de una cuestión de trascendencia, de buscar el afuera, porque es el afuera lo que fundamenta a lo que pensamos. En dos palabras, se trata de una “filosofía áρχica”.

Volviendo a Deleuze, en su proyecto de filosofía de la diferencia, él busca el pensamiento original (genital, en sus palabras influenciadas por Artaud), pensamiento creativo, que hace pensar en lo que aún no ha sido pensado. En otras palabras, un pensamiento sin fundamento, un a-fundamento, o incluso un cierto hundimiento del acto de pensar. Colocándose, de esta forma, en contravía de la tradición filosófica occidental. Si se trata de una filosofía áρχica, centrada en el arkhé, propongo utilizar una expresión no utilizada por Deleuze, pero que me parece obvia: lo que él busca es una “filosofía anárquica”, que rechace y niegue el fundamento, en nombre de un pensar nuevo, libre y creativo.

Así como el anarquismo como teoría y acción política está constituido por la negación de la legitimidad de todo poder, por la negación de un principio de poder (arkhé), podemos hablar de un anarquismo filosófico (o una filosofía anárquica), que implica la negación de cualquier principio, de cualquier base sobre la que se estructuran la naturaleza, el cosmos, el pensamiento. Así, una tal filosofía áρχica estaría a contramano de la tradición filosófica del occidente, que está toda basada en la arkhé, en el fundamento.

Educación y fundamentalismo

En Santamaría y González Placer (1998) encontramos algunos planteamientos en torno a lo que sería un “fundamentalismo escolar”, centrado en la institución, en el currículo, en el fenómeno de la multiculturalidad y en las preocupaciones laberínticas que produce en la escuela. Pero, más que un fundamentalismo en la institución escolar, creo que es necesario pensarlo

dentro del propio acto educativo, algo así como un “fundamentalismo pedagógico”, el acto de educar tomado como fundamento de un proceso de subjetivación que tiene como sustento una serie de valores y verdades, entendidas de manera dogmática.

Para muchos es prácticamente imposible pensar en una educación sin fundamentos. Cuando propuse explorar esta pregunta en un curso de posgrado en el área de Educación, algunos estudiantes simplemente estaban aterrorizados, diciendo que se habían “quedado sin piso”; pues esa era precisamente la idea, experimentar algo aún más complejo que lo que Arendt (2021) llamaba “pensar sin pasamanos”, pensar sin una base sólida sobre la que apoyarse. No se trata solo de quitarnos los apoyos de las manos, sino también de quitarnos el suelo bajo los pies, haciendo que el vértigo sea aún más intenso.

En el pensamiento educativo brasileño y en la estructura de nuestros cursos de formación de profesores, es muy común pensar en la Filosofía como uno de los “fundamentos de la educación”. Esto equivale a decir que, sin Filosofía, no hay Educación, lo que me parece, cuando menos, una exageración. Pero es una forma de hacer de la Filosofía la base de la teoría pedagógica y de la práctica educativa. Muchos de nuestros filósofos de la educación se aprovechan de esta posición y se apoyan en ella, ya que parece garantizar una presencia de la filosofía en el campo educativo. Pero tal concepción es también una forma de encarcelar la Filosofía y encarcelar la Educación. Sin una base filosófica no es posible la educación; lo que puede parecer absolutamente “natural” en un orden árcuico de pensamiento es, de hecho, una constricción para el pensamiento educativo, que debe partir siempre de lo ya pensado en el campo filosófico.

Fundamentar el pensamiento y la acción educativa sobre la Filosofía (o sobre cualquier otro “ladrillo”) significa una práctica fundamentalista en educación. Sé que esto puede despertar una especie de horror (o incluso ira) en muchos de ustedes, pero me atrevo a decir que la Filosofía de la Educación que conocemos, pensamos y practicamos, desde Platón a Dewey, pasando por Rousseau, por citar sólo algunos pocos exponentes de puntos de vista muy diferentes, es una filosofía fundamentalista de la educación. O una filosofía árcuica de la educación, que incluso puede parecer más “elegante”, más “técnica”, pero que dice exactamente lo mismo. Un pensamiento filosófico que establece verdades, principios para fundamentar el acto educativo, sin los cuales no serían legítimos, sin los cuales ni siquiera serían posibles.



Ahora bien, es esta forma de ver, pensar y practicar la educación lo que marca a Occidente y lo que nos marca a nosotros, los latinoamericanos, colonizados por españoles y portugueses. El pensamiento árkico, entre nosotros, es una herencia colonial, de la que no sabemos (ni queremos) liberarnos. Pero tenemos que afrontar esta cuestión con valentía: si el fundamentalismo es el gran problema de nuestro tiempo, si pretende conducir a un pensamiento único, una única fe, una estructura social única, una política única, etc.; si no estamos de acuerdo con ella y queremos combatirla, a través de prácticas educativas, es necesario ante todo reconocer que esas mismas prácticas están permeadas por el fundamentalismo. Si pretendemos hacer de la Filosofía de la Educación el arma (o al menos una de las armas) para tal lucha, es necesario reconocer que la Filosofía también está atravesada por el fundamentalismo.

En otras palabras, se nos impone la necesidad de reconocer la matriz árkica del pensamiento y de la educación, para ejercer un pensamiento anárquico, una educación anárquica, como comprensión del fenómeno fundamentalista en sus múltiples vertientes y como lucha contra él, en nombre de libertad y la creación.

Una educación anárquica

Para concluir esta conferencia, sin por ello pretender concluir este flujo de pensamiento que es sólo inicial y que aún tiene mucho por avanzar, esbozo algunas consideraciones en torno a una educación anárquica, sin fundamentos y contra los fundamentalismos.

La escuela moderna ha sido concebida/producida en base a la lógica del arkhe – estableciendo las bases de la educación y de la escuela, a través de algo que podríamos llamar un “paradigma arcaico” de la educación ; de ahí la búsqueda de salidas/líneas de fuga a través de posibilidades anárquicas (sin fundamentos, adversas a fundamentalismos).

Como traté de explorar antes, aunque inicialmente y sin mayor elaboración, la noción de fundamento (arkhé) implica trascendencia, ya que el fundamento está fuera de lo fundado. Esto convierte a toda filosofía que busca el fundamento en una filosofía de la trascendencia. Si, por el contrario, pensamos en la Filosofía como una práctica inmanente, nos vemos llevados a admitir que la inmanencia implica un a-fundamento, una negación del fundamento, que

es también un “hundimiento” en el sentido de quedar sin piso. Ahora bien, si la Filosofía de la Educación es pensada y practicada como necesariamente immanente al campo problemático delimitado por el espacio educativo, de ninguna manera puede ser fundamentalista. Es en este contexto, entonces, que se puede pensar –y practicar– una educación anárquica.

Una educación anárquica reclama un hundimiento (ver nota al pie 7) de la educación, la huida de un proyecto educativo moderno basado en la representación que colonizó -y coloniza- corazones y mentes con su producción subjetiva centrada en el acto de en-signar (Deleuze & Guattari, 1980). Enseñar, más que marcar con un signo, es inscribirse en un sistema de signos, proporcionando un fundamento desde el que pensar y actuar, a partir de consignas. La educación anárquica llama a sabotear la “máquina de la educación [estatal] obligatoria” (Deleuze & Guattari, 1980), inventando otras posibilidades de pensar y actuar en sus márgenes.

Una educación anárquica nos traslada de la utopía (política y pedagógica, según René Schérer) del proyecto moderno a una heterotopía del hacer cotidiano, produciendo transformaciones y vías de escape de la máquina estatal de captura y subjetivación. En otras palabras, nos descoloca del proyecto con mayúscula para situarnos en un modo de pensar y practicar la educación en minúscula.

Podemos pensar en la educación como un proceso a través del cual se constituye una singularidad. Prefiero hablar de singularidad, para evitar el uso de conceptos como sujeto o individuo o incluso persona, excesivamente marcados por el pensamiento moderno. Una singularidad, o incluso un proceso de subjetivación, que lo constituye, puede desarrollarse a partir del Uno – que puede ser Jesús, Mahoma, Jehová, pero también puede ser Tlaloc, Wiracocha, Tupã, Bagüe , no importa – esto está implicado en una perspectiva fundacionalista, fundamentalista. Subjetivarse o ser subjetivado desde el Uno implica la pérdida de la multiplicidad, ya que ésta es vista como mera apariencia, y por tanto estará del lado de lo desechable, de lo no fundamental.

He mencionado anteriormente ejemplos de carácter religioso, pero el Uno no sólo está presente en esta matriz, también atraviesa la tradición árquica de la filosofía. Una educación que afirma la esencia de lo humano es también fundamentalista, en la larga tradición que se inicia con Platón y se ancla en la modernidad, pero no deja de ser una educación que afirma la existencia humana, desde Rousseau hasta nuestros días, pasando por Dewey y com-



pañía. Si no lo admitimos, la lucha contra el fundamentalismo será en vano. En suma, el pensamiento árquico instituye y continúa instituyendo una forma de pensar y hacer educación en mayúscula, hegemónica en la modernidad, colonizadora nuestro pensar y orientando nuestras acciones.

Por otra parte, subjetivarse de manera singular es estar del lado de lo múltiple. Insistir en una forma de pensar la educación en minúscula, fuera de los cánones establecidos, abre la posibilidad de pensar sin recurrir al Uno, sin su necesario fundamento, abriendo huecos y trazando líneas de fuga. Pensar y practicar la educación como esfuerzos de singularización (Guattari & Rolnik, 1986; Gallo, 2016; 2019), sin un referente como fundamento, implica un proceso abierto de encuentros producidos al capricho de los acontecimientos. En los caminos abiertos por Michel Serres, la singularización implica abrirse y exponerse al otro, practicar mezclas, devenir otros, para constituirse como uno mismo. Un cuerpo marcado por múltiples encuentros y devenires, en constante transformación y creación. Un proceso educativo abierto y constante, para el cual no importan las márgenes del río, los puertos de salida y de llegada; lo que importa es el flujo, el proceso, el devenir, las aguas que fluyen.

Para poner un punto final, al menos por ahora, los territorios latinoamericanos producen las singularidades que somos, en la multiplicidad de nuestros encuentros. Una educación anárquica implica dejarse llevar por el flujo de los encuentros, y cuanta más multiplicidad, mejor. Si el fundamentalismo opera sus fuerzas y devenires fascistas para colonizar lo que somos en los flujos endurecidos de un paradigma arcaico de educación, sólo una educación anárquica puede conjurar el fascismo, convocando las fuerzas de lo múltiple para operar los devenires del pensamiento y del deseo.

Referências

Arendt, H. (2021). *Pensar sem corrimão – Compreender (1953-1975)*. Rio de Janeiro: Bazar do Tempo.

Barros, M. (2004). *O livro das ignoranças*. 11ª ed. Rio de Janeiro: Record.

De Boni, L. (org.).(1995). *Fundamentalismo*. Porto Alegre: EDIPUCRS.

Deleuze, G. (1955). *Qu'est-ce que fonder ? Cours hypokhâgne*. Lycée Louis le Grand 1956-1957, Cours du 30/11/1955. Disponível em: <https://www.webdeleuze.com/textes/218>. Acesso em 12/05/2023.

Deleuze, G. (2006). *Diferença e repetição*. 2ª ed. Rio de Janeiro: Graal, 2006.

Deleuze, G & Guattari, F. (1980) *Mille Plateaux*. Paris: Minuit.

Deleuze, G & Guattari, F. (1991) *Qu'est-ce que la philosophie ?* Paris: Minuit.

Dreher, M. (2002). *Para entender o fundamentalismo*. São Leopoldo: Ed. UNISINOS.

Foucault, M. (2004). É inútil revoltar-se? In: *Ditos e Escritos V*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.

Gallo, S. (2016). *Deleuze & a educação*. 3ª ed. Belo Horizonte: Autêntica.

Gallo, S. (2019). *Subjetividade, ideologia e educação*. 2ª ed. Campinas: Alínea.

Gossn, A. (2020) *Fascismo pandêmico*. Rio de Janeiro: Autografia.

Guattari, F. & Rolnik, S. (1986). *Micropolítica – cartografias do desejo*. Petrópolis: Vozes, 1986.

Malabou, C. (2022) *Au voleur ! Anarchisme et philosophie*. Paris: PUF.



Mioto, L. (2022). *Escolas não-convencionais: um estudo sobre dispositivos pedagógicos inovadores*. Tese (Doutorado em Educação) - Universidade Estadual de Londrina.

Santamaria, E & González Placer, F. (coord.).(1998). *Contra el fundamentalismo escolar*. Barcelona: Virus.

Schérer, R. (2009). *Charles Fourier e a infância para além das crianças*. Belo Horizonte: Autêntica.

Serres, M. (1993). *Filosofia mestiça*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.

Veiga Neto, A. & Gallo, S. (org.).(2009). *Fundamentalismo & educação*. Belo Horizonte: Autêntica, 2009.